

29 de Noviembre 1931.

EL TIEMPO — Domingo

HOMENAJE AL GENERAL SALVADOR FRANCO

Discurso pronunciado por el doctor José Camacho Carreño en la colocación del retrato del general Franco en la Gobernación de Cundinamarca.

Discurso de Camacho Carreño

Señor gobernador, señoras, señores:

Curiosa contradicción que la voz que nombra la más esquiva cualidad del ánimo, sea la más regalada del vulgo. Porque la honra de caballero se dispensa sin cesar, al galán de fingida gallardía, al nacido de buena cuna que la prostituyó en su vivir, al que se cala un gesto de esporádica liberalidad, como si fuera un chambergo de entremés, y al que abraza la moral y la delicadeza, para negociar con ellas, cual si fuesen el falso monedero que le acuña la cortesana insignia.

Ahora, vamos a descubrir, con el solo ruido del lino que se corre, un retrato silencioso. Ningún estrépito, ni otro heraldo que su propia distinción, solemnizará este momento. No creais tampoco que es la obra de Velásquez o de Van Dick la que se presenta, y que el pictórico aparato, los gregüescos y la gorgera, el estricto jubón y el casco irreprochable, el terciopelo lúgubre y el fulgor acerado del estoque, son el fehaciente indicio, que preceda y anuncie la regia figura imponentísima de un cortesano, combinador, trovero, tonsurado, gobernante nau-ta, teólogo, caballero en todo caso y para siempre. Os topais sí, con la voz esquiva, humanizada ahora, en su acepción más propia.

Descúbrese ante vosotros un au-

ficio en el proceso de la emancipación individual del hombre. Deliberar, sufragar, gobernar, son peldaños iniciales en la verdadera autonomía. en esa escala caótica, de anárquicos anhelos, que el pretender liberarse de lo corpóreo incurren en su goce engañoso, y capitulan así. En esta diaria abdicación de los conatos rebeladores, es donde el absolutismo de los hombres practica sus más crueles rigores, y donde toda libertad se nubla, bajo la tiranía de las costumbres, fortalecida por la ley escrita.

Hé ahí el instante en que Cuervo fue un emancipador de la individualidad mortificada. La intimidad de su existencia, se desnudó, inmolada en su desprendimiento, desafiante ante el enojo público, la docta repro-bación, la moral encuadernada, y el impotente pesar murmurador. Para garantizar la independencia del acto propio, Cuervo desató la tormenta de sus instintos y deseos, en teoría varonil, cuya pujanza era avasalladora y respetable cual la de las legiones próceras cuando soñaban, buscaban, alcanzaban y sometían la soberanía solectiva.

Vivir como se quiere y se siente; obrar como se antoja; exteriorizar ese capricho que parece fugitivo, y que a veces, cuando se le encarcela, es el tósigo permanente que disuelve y agota; aventurar, reñir, des-

téntico castellano. Ni la licenciatura, ni el alferazgo ni el galardón guerrero, vienen a vuestros labios para designar este hidalgo acogedor y suelto, reposado y señorial, recio por la virtud y blando por el humanitarismo, y como única denominación blasonada desentrañáis una voz íntima, que lo califica con familiar cariño. Su fúnebre monumento y su perenne y definitiva alegría, es el lloro de los urgidos pesares que no sienten ya el invisible amparo que los abrigaba y el suspiro de los hombres traicionados por la ambición o por la codicia que echarán de menos al que la padeció sin devolverla.

Se creó y modeló Salvador Franco con Antonio B. Cuervo, el capitán más fulgurante de nuestro partido y sus tercios, en días de intrínseca grandeza. Queréis una enseñanza desconsoladora? En vida de Cuervo se le temió y respetó en público, porque la clandestina murmuración, no se le atrevió jamás a su pecho. Ahora, amortajado ya por la ingratitud de los suyos, se le desconoce y se le olvida. En su tumba, hay apenas, como consagración deficiente pero forzosa, una columna que sustenta la mascarilla del mosquetero. Ni una inscripción, ni una palabra, ni un peregrino que se detenga allí, ni un homenaje póstumo a quien se colmó de ellos en vida, porque el silencio y el abandono son pedestal bastante para su inmortalidad.

La libertad política es apenas pre-

gusta de sus sistemas de gobierno, cuando relaciones de recíprocas ventajas se pueden establecer en asuntos comerciales.

No es otra la consecuencia que naturalmente se desprende de las cifras y datos publicados por el senador francés Edmond Cavillon en «La Revue des Vivants», bajo el impresionante título «La ofensiva económica de Rusia». Allí refiere que con material moderno, conseguido en Alemania, en Inglaterra, y aun en Francia, ha desarrollado poderosamente su industria textil. Los rusos son los principales proveedores de lino del mundo. En materia de trigo ya sabemos el susto del planeta. Que circunstancias accidentales, pasajeras, intervengan de pronto con los planes, y en muy vastos sectores se pierdan las cosechas, nada quita a la realidad desconcertante de que produjeron 249 millones de quintales en 1929-31 en 1930 algo menos, acaso, en el actual, por las pérdidas recientes, pero con la esperanza basada en estadísticas, verificadas por expertos, de que producirán cuatrocientos millones de quintales, es decir cien sesenta millones de cargas de

acreditarse como dijera el vulgo, hacer de la soberanía propia el único decálogo para el acto humano; darle expansión a la individualidad hasta donde la ataje el ajeno derecho, sentir, valorar, interrogarlo todo, siempre con perfecto decoro, y desdenar, la tiranía de las costumbres, hé ahí la vida de Cuervo. Creyó por eso, hasta la hondura de su ser, como un cristiano primitivo y pecó sabiendo que ofendía a un Dios misericordioso, escudado en la posible contrición y sin caer jamás en el dolor, porque su potente virilidad no guardaba rencores ni necesitaba del mal para castigar el abusivo imperio de sus semejantes.

Cuervo fue grande, tuvo el poder, lo ejerció a su talante y hasta donde quiso, rebosó su ambición legítima y decoró eminentes dignidades que no fueron obstáculo para la rebelión de sus deseos individuales. Se mortificó por lo ideal pero no por lo terreno. Dimana de esta condición su bondad ingénita y ese absoluto y benévolo dominio sobre los hombres y las cosas. Su partido lo ultrajó y la nación muchas veces se amotinó contra él, con el coro de sus lenguas vociferantes. Su respuesta y su venganza fueron la comprensión exculpatoria, y el saber que la lucrativa hipocresía disfraza siempre la conducta colectiva de los hombres.

Os extrañará este panegírico, que parece ajeno al motivo que nos congrega aquí. Salvador Franco y mi padre, perdonad esta modesta y ca-

el año entrante.

Ya habíamos dado datos sobre el petróleo, el carbón, el manganeso, las maderas, que alcanzan a cifras que dan miedo. Pero Rusia atiende a frentes numerosos. Le dio por hacerse fabricante de conservas, por instalar grandes plantas frigoríficas y hoy exporta enormes cantidades. Aspira a ser el mayor proveedor de vinos de un continente donde están las viñas de Francia, de Italia, de España, satisfaciendo el gusto del mundo entero desde hace muchos siglos. Gran productor de pieles para la exportación, el país ha resuelto beneficiarlas él mismo, copiar modelos franceses, superarlos. Y exporta ya, según afirma Cavillon, vestidos de pieles, por los cuales cobra precios inferiores a los que antes cobraba... por los cueros. La ofensiva, agrega, es también en el campo de los fósforos, del caucho, del pescado, de las legumbres, de las plantas medicinales. Esto ya no es para referir, ni para tapanlo con la tierra del odio o del sarcasmo.

Aunque en los Estados Unidos exageran el carácter del trabajo de esclavos a que, según sus publicistas de cierta índole, viven los rusos sometidos, es evidente que

ción presente, fueron los ayudantes de Cuervo, cuando la adolescencia sazónaba sus fuerzas mejores. Este recuerdo os liberta del peligro de un discurso académico y glacial, y me licencia a la interpretación subjetiva.

Cuanto aprendí sobre la vida en corridos y tempranos días, llevar el sello de esa alianza subalterna, que proyectada en mi espíritu, me enseñó que en las carreras de los acontecimientos sólo existe una cosa forzadamente grata, ser bueno y tolerante, con nuestros semejantes. Es una lección rudimentaria, propia de los labios de un leñador y sin embargo, no la esculpí un rudo golpe sino la voz timbrada, melodiosa, diestra y sutil de Antonio B. Cuervo que le enseñaba a los dos adolecentes compañeros, la caducidad de las honras humanas, la inconsciencia y menos precio que debemos atribuir a toda ofensa o daño y la invencible potencia de la voluntad dentro de una órbita vasta, que tiene un solo, impenetrable lindero: aquel donde obra Dios, ante quien todo poder se resigna toda fuerza se disminuye y al propio tiempo se vigoriza para la reverencia, y todo honor se desvanece. Aquí se funda el verdadero cristianismo, el que no especula, no ostenta, no se exhibe y no declama, sino que se obedece como la gravitación del ánimo.

Cuánto dista esta teoría moral y católica, de cierta megalomanía farisaica, que redime y purifica la culpa propia con la implacable crítica del pecado ajeno, y que recibe del decálogo, no la humildad que confiesa la naturaleza falible y caediza, sino el despotismo del juicio absoluto que no se atreve a contemplar la deficiente y propia individualidad, porque la rehuye, y prefiere entretener su cobardía, como severo juez, en el apóstrofe de los otros.

Salvador Franco llegó a la perfecta austeridad después de haberse ejemplarizado y disciplinado en el gran espectáculo humano de Antonio B. Cuervo y en su propia, sufrida y gozosa vida. No vacilo en creer que su conciencia alcanzó casi la santidad, porque siempre escuché que su juicio sobre el pecado y sobre los hombres se adornaba con la más serena naturalidad, y porque nunca cayó de sus labios apóstrofe para nadie, aunque el daño lo eligiera como objeto. Brota-

ñan con extender la conscripción militar, o mejor con establecer, basada en el mismo principio, la conscripción económica. Ya se está dando cuenta la humanidad de que con los sistemas capitalistas es, si no imposible, por lo menos muy difícil, producir a precios tan bajos como los alcanzados por los rusos. La maquinaria era la razón tranquilizadora del Occidente civilizado y vetusto, con mayor razón de los Estados Unidos. Pero la maquinaria ya está en Rusia, y le sigue llegando, suministrada por los mismos pueblos que detestan al Soviet y lo calumnian.

Puede existir el «dumping», es decir el sistema que establece precios de venta inferiores al precio de costo, para producir el desorden en los mercados extranjeros y acelerar la revolución económica. Pero ese sistema no sería de largo alcance. Basta enunciarlo para señalarle un término. Lo grave y lo esencial es que el precio de costo, para determinados artículos, es en Rusia inferior al de cualquier nación capitalista y puede por lo mismo venderlos más barato. El peligro ruso está ahí. Cada día crece. Olvidarlo o negarlo es entregarse. Para hacerle fren-

la, la radiografía interpretativa del acto, el colorido ambiente y justificador. En las postrimerias de su vida política muchos, incautamente lo creyeron un noblete, como nombra la gente a la ingenua bondad; olvidaban sus equivocados críticos, que Franco había probado las milicias del mundo y los reveses de la fortuna con Antonio B. Cuervo, que azarosa fue su mocedad, que los

noches, que ninguna doncella retuvo la seductora planta viril, que el mando la bota eufórica, el combate, el campamento, la gran ciudad, la astucia defraudada, y sobre todo, el espectáculo incommensurable, fortunoso y múltiple de su jefe, le dio a conocer con la mejor ejecución posible, el gran drama del hombre.

En alguna arcádica posesión cercana, entre la simetría de los setos, sobre las yerbas húmedas, onduve con él, que figuraba un perfecto horizonte, la ruana al cuadro, recatado el mechón blanco y decorativo por la patriarcal cachucha fluída el labio en la frase nazarena, metódica y primordial. El río, de perezosos meandros, no vencia con su ruido e de las azudas y las tornas, y naufragaban las pausadas y suavísimas sílabas, entre el rumor de las mieses. Qué noblete, candoroso y niño, pensaba a veces, cuando mi petulancia novatona, intertaba el vivarcho asalto a su anacronismo, mas entonces, alguna observación definitiva se desenvainaba como definitiva daga para demostrarme que ese hombre había arrancado del mundo y evaporado de la carne, ese insalvable catolicismo ideal, y que su inocencia no era la ingénita ceguera, sino la razón horadada como una caña doliente y mística, por las desgarraduras del vivir.

Si su virtud y bonhomía no hubiese sido la consecuencia de muchos estrujamientos humanos, por qué lo vemos gobernar siempre con acierto sumo, y vencer con fiera discreción los arduos que muchas veces le tendieron enemigos suyos que blasonaban y picaban de sutiles y astutos? Por qué combinó esa figura aristocrata de procedimiento con ese cetero dón de mando, que sin arros imperativos, no dejó jamás desairada la autoridad?

Una característica sobresale en su mente de gobernante la facultad administrativa, algo que pudiéramos llamar el instinto y sauidoria de manejar la hacienda, atributo tanto más vigoroso en su originalidad, cuanto que ninguna técnica universitaria o libresca vino a entriquerarlo con instrumentos de labor. Cuando todos aquí, en coro jubiloso, engulliamos empréstitos, industrializamos rumbosas empresas, dilatábamos las rutas, rasgábamos sobre los Andes temerarias calzadas y hacíamos del riel, una cinta elástica, él nos admonizó sobre lo frágil y transitorio de esa prosperidad que entonces nos enorgullecía, y atajó en el ministerio de obras públicas la urdimbre delirante, y fantasiosa que allí tejían, no ingenieros sino imaginíficos, que habían cambiado el teodolito por el caleidoscopio

Fue conservador y en las crónicas de nuestra causa perdura su memoria como una lumbre turquí, que no vaciló jamás en su centro de fijación, lengua doctrinaria que se irrobaba sin embargo bajo el soplo de los episodios, y que respetable en

mucha sangre fría. Es claro que los Estados Unidos y Europa pueden defenderse. Pero no es tan fácil.

L. E. Nieto Caballero.
NOTA — Mañana hablaremos de las defensas que han ideado en

ter momentáneo. Y a pesar de esta plasticidad, llevó a tal punto la inmutabilidad de sus principios, que abocado en cierto gobierno a resolver un conflicto entre la más acariada y fina de sus amistades y el destino histórico de su causa, se desgarró de aquélla, dolida el ánimo donde jamás se silenció el reproche cordial, y en la infértil desolación, no no detiene el proclive y consentido derrumbamiento. Sus días posteriores giraron como un huso rudo, donde los despechos privados y públicos urdían una lúgubre tela, cuyo remordimiento debiera enlutar ciertas almas que traicionaron y entristecieron la suya.

La doctrina vivida, padecida, labrada, administrada y militada por él, le sirvió como culto interno. cada vez más repujado y terso, y nunca la afiló como bárbara flecha de discordia ni se valió de ella como voladora bomba de mano, que exterminara o zahiriera a los otros. El sí supo cuán respetable es la fe, como ella no es un adminículo que se da en préstamo o dádiva, y que se confiere o se arrebatada y cómo la honradez, se torna sospechosa cuando la deslustra y publica la jactancia dictaminadora. La moral como la legitimidad, tienen su ser mudo y propio, y sólo la industria moralista, negocio de gran porción de mis correligionarios, como el valor apócrifo, suscitan controversias y persiguen alardes, diganlo, estos fementidos días colombianos, de la merrijilla pontifical.

El único testigo y fiador irrecusable que tuvo en su probidad Salvador Franco, fue el callado y fértil trabajo, de orden privado, en ejercicio de actividades visibles y honrosas. No quiso él, aunque siempre disfrutó de esa oportunidad, descansar sobre los gajes de la influencia o sobre la merced y largueza de los gobiernos y matizó siempre los arduos oficios del mando y las tareas y cavilaciones del poder, con la sosegada y soberana faena agraria, virgiliano efectivo que no gozó al latino en la limpidez de sus hexámetros, sino en la diafanidad de los amaneceres que nos regala la tierra.

Evoquémoslo hoy, como al cristiano y al hombre civil que fue. Resucitemos, en el frenesí del recuerdo, sobre las luchas y las viceversas, su amorosa efigie. El bien se difundía por esa figura, incorporal y abstracto, como un elemento modelador de aquella estampa armoniosa: acariciantes y comunicativos los ojos, acerados en el mando con un temple de suprema ductilidad interpretativa; mesuradas en su gracia y hermosura las facciones donde se engastaba el rasgo del talento y el gesto de la simpatía; desembarazada la frente, como lúcida pantalla que recataba la intensa lumbre interior; como penacho, para exornar al capitán que disimulaba la modestia unas ondulantes hebras de plata, figuraban en la modelada cabeza, la cimera romántica. Proporcionado el cuerpo ni alto ni bajo, con el sobrio y congruo adorno que pedían los años y los méritos, y como nimbo deslumbrante que coloreaba la silueta y le imprimía vigoroso relieve de atracción, eso que se apellida dón de gentes y privilegio o maestranza de caballeros, el efulvio de amoroso dominio que habéis sentido al contemplar este retrato, obra de un pincel maestro, que descubre el sudario, para encarnar ante nosotros, en el óleo ideal a Salvador Franco, el gran caballero sin manchi

yo remordimiento debiera enlutar ciertas almas que traicionaron y entristecieron la suya.

La doctrina vivida, padecida, labrada, administrada y militada por él, le sirvió como culto interno. cada vez más repujado y terso, y nunca la afiló como bárbara flecha de discordia ni se valió de ella como voladora bomba de mano, que exterminara o zahiriera a los otros. El sí supo cuán respetable es la fe, como ella no es un adminículo que se da en préstamo o dádiva, y que se confiere o se arrebatata y cómo la honradez, se torna sospechosa cuando la deslustra y publica la jactancia dictaminadora. La moral como la legitimidad, tienen su ser mudo y propio, y sólo la industria moralista, negocio de gran porción de mis correligionarios, como el valor apócrifo, suscitan controversias y persiguen alardes, diganlo, estos fementidos días colombianos, de la mentirijilla pontifical.

El único testigo y fiador irrecusable que tuvo en su probidad Salvador Franco, fue el callado y fértil trabajo, de orden privado, en ejercicio de actividades visibles y honrosas. No quiso él, aunque siempre disfrutó de esa oportunidad, descansar sobre los gajes de la influencia o sobre la merced y largueza de los gobiernos y matizó siempre los arduos oficios del mando y las tareas y cavilaciones del poder, con la sosegada y soberana faena agraria. virgiliano efectivo que no gozó al latino en la limpidez de sus hexámetros, sino en la diafanidad de los amaneceres que nos regala la tierra.

Evoquémoslo hoy, como al cristiano y al hombre civil que fue. Resucitemos, en el frenesí del recuerdo, sobre las luchas y las viceversas, su amorosa efigie. El bien se difundía por esa figura, incorporal y abstracto, como un elemento modelador de aquella estampa armoniosa: acariciantes y comunicativos los ojos, acerados en el mando con un temple de suprema ductilidad interpretativa; mesuradas en su gracia y hermosura las facciones donde se engastaba el rasgo del talento y el gesto de la simpatía; desembarazada la frente, como lúcida pantalla que recataba la intensa lumbre interior; como penacho, para exornar al capitán que disimulaba la modestia unas ondulantes hebras de plata, figuraban en la modelada cabeza, la cimera romántica. Proporcionado el cuerpo ni alto ni bajo, con el sobrio y congruo adorno que pedían los años y los méritos, y como nimbo deslumbrante que coloreaba la silueta y le imprimía vigoroso relieve de atracción, eso que se apellida dón de gentes y privilegio o maestranza de caballeros, el efulvio de amoroso dominio que habéis sentido al contemplar este retrato, obra de un pincel maestro, que descurre el sudario, para encarnar ante nosotros, en el óleo ideal a Salvador Franco, el gran caballero sin mancha y el ciudadano por excelencia.